



El SECRETO *de*
TOLEDO

Jaime García Simón

Una muerte en extrañas circunstancias en mitad de un impresionante apagón general de luz, en el casco histórico de Toledo.

Un amenazante mensaje de Catalina Sánchez, conocida bruja toledana del medievo, encontrado en la inédita acta inquisitorial que leía el fallecido. Una serie de pistas en forma de acertijos hacia una supuesta verdad oculta, que explicaría el porqué de los escalofriantes acontecimientos que desencadena la lectura de ese escrito en la Ciudad Imperial, poniéndola en jaque. Una conocida guía turística llamada Martina, que junto a Dorian, agente del CNI, recorrerán iglesias, sinagogas, túneles, monasterios, la Catedral... para desenmarañar un misterio ancestral.

El tiempo apremia, y la oscuridad creciente ampara el peligro que se cierne sobre la población, «Cuando el mal se acerque dañino, con mal será repelido...».

Índice de contenido

Toledo, martes, 22 de marzo de 1616

Toledo, miércoles 22 de julio de 2015, 23:30 h

Jueves, 23 de julio de 2015

Viernes, 24 de julio de 2015

Sábado, 25 de julio de 2015

Sobre el autor

A Cayetana

*Tu felicidad, mi meta última,
tu compañía, mi bien máspreciado,
tu vida, el sentido de la mía.*

*Persigue tu felicidad sin vacilación,
y siéntete capaz de todo,
puesto que lo eres.*

Toledo, martes, 22 de marzo de 1616

La mañana toledana amaneció ennegrecida, las nubes copaban el cielo de la que había sido hasta hacía poco sede primada del imperio de España. En 1561 Felipe II había decidido trasladar la Corte a Madrid, la nueva capital imperial, abocando a Toledo a un periplo de decadencia y pérdida de peso político y social que dejó seriamente tocadas a industrias como la textil. Por este motivo, la ciudad entró finalmente en un periodo depresivo muy parejo a la propia historia de España. El día era frío y desagradable, el aire del invierno saliente aún se resistía a abandonarles. Era martes y, como cada martes desde tiempos ancestrales, se celebraba en la plaza de Zocodover el mercado más importante de Toledo. La plaza bullía de gente gritando de un lado para otro sobre el barro de las últimas lluvias, todos intentaban comprar algo, ya fueran alimentos o algún animal (cerdos para engordar, burras para trabajar, gallinas ponedoras, mulas, caballos...). Los compradores intentaban reducir al máximo el precio de la compra regateando hasta la extenuación y alegando que eran tiempos difíciles, pues el desencanto económico y social que atravesaba Toledo era bien conocido por todos. No obstante, si la coyuntura era negativa, lo era tanto para los compradores como para los vendedores, argumento utilizado por estos últimos para intentar rebajar lo mínimo posible la valía de sus artículos.

Ese día de mercado parecía de lo más habitual, pero en el subconsciente colectivo subyacía una excitación intrínseca, como si todos sintieran que aquella jornada iba a ser especial. Aquel día pasaría a la historia de Toledo en forma de efeméride, porque tendría lugar un acontecimiento a

causa del cual toda la población de la comarca estaba alterada. Tras la correspondiente sentencia del Tribunal de la Santa Inquisición, la famosa Catalina Sánchez iba a ser ajusticiada mediante la hoguera en ese mismo lugar, la mítica plaza de Zocodover. Había sido acusada de actos de brujería por unas doscientas cincuenta personas, y condenada por ello. La noticia atravesó el Imperio de lado a lado en cuanto fue conocida, pues los rumores sobre las capacidades de dicha mujer para comunicarse con los fallecidos a través de los seres del averno estaban muy extendidos. Además, muchos de sus clientes eran de alta alcurnia. Por todas estas razones, Toledo ese día parecía un hormiguero, había mucha más gente de lo normal. Los mandatarios, sirviéndose del tirón de la supuesta bruja y del día de mercado, quisieron otorgar notoriedad al acto y aprovechar, de paso, para dar un pequeño empujón a la empobrecida población, cuyos ciudadanos estaban cada vez más desencantados.

Llegó la hora, eran las siete de la tarde. En la plaza de San Vicente —donde se encontraba asentada la Inquisición por aquel entonces—, tres verdugos caminaban por los lúgubres y húmedos pasillos de las mazmorras de la sede toledana en dirección al calabozo donde se hallaba recluida Catalina, atada de pies y manos con unos pesados grilletes. La habían metido en la celda más alejada porque Catalina provocaba temor a todo el mundo, creían que en cualquier momento podía realizar alguna clase de conjuro demoníaco que los pondría en peligro, eran tiempos de mucha superstición. De pronto se detuvieron, les había parecido oír como si alguien estuviese hablando por allí abajo, se miraron unos a otros expectantes y salieron corriendo hacia el final del pasillo oscuro, donde se encontraba la presa. La sorpresa fue mayúscula cuando, estando a solo unos metros, tuvieron la impresión de ver salir de entre los barrotes una sombra corpórea que los dejó paralizados. Cuando se recompusieron vagamente de la visión, se fueron acercando

a la celda pasito a pasito —ya sin tanta seguridad—; encontraron a Catalina en el centro de la celda y de espaldas a los barrotes, de rodillas, con los brazos extendidos a modo de plegaria o ritual y la cabeza gacha. Aquello no hizo sino asustar aún más a los crédulos inquisidores, que no paraban de hacer la señal de la cruz una y otra vez sobre su rostro. Tras unos segundos de indecisión, se dispusieron por fin a abrir la puerta. Se movían despacio y con mucha cautela, la supuesta bruja estaba liberada de sus grilletes y podía resultar peligrosa. Fueron abriéndola poco a poco e introduciéndose lentamente para colocarse a su alrededor. Cuando uno de los tres hombres alargó el brazo para agarrar el de ella, Catalina levantó de improviso la cabeza y la giró hacia él clavándole su aterradora mirada, lo que impresionó al verdugo haciéndole retroceder. Sin embargo, los otros dos aprovecharon su distracción para abordarla por el otro costado y la agarraron con fuerza, acto seguido la levantaron y la hicieron salir de la celda. Cuando la sacaron, el primero de los verdugos —el que se había asustado, que estaba aún junto a la pared con la cara lívida— vio en el suelo una especie de papel. Al recogerlo se dio cuenta de que había algo escrito en él, lo cerró rápidamente sin querer saber de qué se trataba y se lo echó a un bolsillo.

Justo antes de subirla al carro que la trasladaría desde la sede de la Santa Inquisición hasta su atroz destino en la plaza de Zocodover, la reclusa tenía que firmar en el registro de la institución, en un documento donde quedaría reflejado el día y la hora en que salió de allí para ser ajusticiada. También contenía el documento todo el proceso de enjuiciamiento, incluidas las declaraciones de los muchos testigos que habían jurado ante el tribunal haberla visto llevar a cabo rituales satánicos en las puertas de la iglesia de San Andrés. Catalina solía ir a esta iglesia cada tarde, al caer el sol, para robar agua bendita y a continuación depositar en sus esquinas unos ochavos o monedas a modo de cebo para los seres del más allá, a los que se proponía invocar. Des-

pués trazaba un círculo mágico con el agua bendita, colocaba varias velas negras y rezaba una oración a santa Marta. Una vez consumado el ritual de protección, invocaba a los demonios, quienes aparecían representados casi siempre en forma de cerdos, aunque algunos testigos afirmaron que en contadas ocasiones se habían aparecido en forma de lobos, perros o gallos. Los cerdos se aparecían con los ochavos en la boca y queriendo atacar a Catalina, pero los testigos afirmaban que estaba fuertemente protegida con sus oraciones dentro del círculo de agua bendita. Una vez aplacada su fiereza, les preguntaba todo lo que le habían encargado sus clientes, normalmente querían información sobre un ser querido que había fallecido. Catalina se había hecho famosa por ese contacto directo con los demonios que a todos aterraba.

Le dijeron que firmase el acta de su caso, como mandaba el protocolo. Solían manchar un dedo de los presos con una tinta oscura y posarlo sobre el documento a modo de firma, ya que en aquel entonces casi nadie sabía leer ni escribir, o como mucho hacían una X. Pero Catalina, mirando fijamente a los ojos del inquisidor encargado del registro, se llevó el dedo índice a la boca y lo mordió —sin inmutarse por el dolor que debía causarle—, produciendo una herida de la que brotó sangre en abundancia. Ante la atónita mirada de los allí presentes —que no se atrevían tan siquiera a pestañear—, posó su dedo ensangrentado en el documento y lo firmó. Tras dejar su huella en el papel —junto con un pequeño reguero de sangre—, acercó la mano al acongojado burócrata hasta tocarle la cara trazando una hilera de sangre muy roja que atravesaba su mejilla izquierda. Al notar el contacto, el hombre salió de su perplejidad y de un golpe seco le apartó la mano al tiempo que se limpiaba de la cara el sello de la sangre maldita.

—¡Lleváosla de una vez! —gritó.

Los verdugos respondieron cogiendo en volandas a Catalina y subiéndola a una jaula que estaba situada sobre un

carro portado por dos temibles caballos negros, que parecían sacados del mismo infierno. Mientras la alzaban Catalina rompió a reír escandalosamente ante la turbación de todos los presentes.

Justo antes de partir tan esperpéntica expedición hacia Zocodover, el verdugo recordó el hallazgo de ese extraño papel en el suelo de la celda de Catalina. Metió la mano en su bolsillo para sacarlo y entregárselo al registrador con el fin de que lo adjuntase al acta del caso como pertenencia de la bruja. Al comprobar que se trataba de un texto que bien podía haber sido elaborado por la temida hechicera, el registrador —sin querer ver tan siquiera lo que ponía— lo incorporó rápidamente a los demás pliegos del caso y cerró el legajo de documentos con violencia. Trataba nerviosamente de atarlo con una cuerda cuando pudo oír, en la lejanía, las risotadas de la embaucadora, que parecía burlarse de él. Posteriormente lo metió en un viejo armario que hacía las veces de archivo inquisitorial, lugar del que no saldría hasta cientos de años más tarde, siglos después de la disolución del Santo Oficio.

El carro con la jaula en la que iba Catalina ya atravesaba las calles abriéndose paso en el crepúsculo del frío día. Las pocas gentes que había por esa zona miraban con recelo la escena, santiguándose muchos de ellos a su paso, puesto que todos temían a la poderosa bruja. La calle se iba iluminando a medida que dos andrajosos encendían con ayuda de un largo palo ardiente en su extremo multitud de antorchas que hacían las veces de alumbrado público. Se sumaban así a las muchas que ya portaba el gentío que empezaba a agolparse alrededor del carro de Catalina para seguir a tan sombría comitiva. Sobre todo niños y algunos curiosos que, al abrigo de la creciente muchedumbre, se animaban a insultar a la bruja, la cual parecía no prestar atención alguna. Se encontraba arrodillada en el centro de la inmun-

da jaula de dos metros cuadrados y parecía concentrada, a pesar de los fuertes golpes que daba la jaula cuando las ruedas de madera del carro pasaban por encima de alguno de los muchos baches de la más que irregular calzada toledana.

Algunos ya se atrevían incluso a escupirle y el tono de los improperios iba aumentando, tanto en volumen como en significado. Las antorchas abarrotaban las calles cercanas a la famosa plaza, testigo mudo de cientos de actos, ya fueran festivos o atroces, como los ajusticiamientos públicos. A poco menos de cien metros de la plaza había tanta gente que los impresionantes caballos negros apenas podían abrirse paso entre la multitud alborotada. Se estaban empezando a poner nerviosos e incluso hacían amagos de alzarse sobre sus patas traseras. Los mozos a duras penas podían contenerlos y el carro con la jaula de Catalina daba fuertes sacudidas hacia uno y otro lado mientras la población vaciaba su ira sobre ella tirándole piedras, boñigas o basura, aferrándose a los barrotes con palos para agredirla o, incluso, orinando sobre ella.

Entretanto, la noche se volvió desapacible, se había levantado un viento inquietante y en el horizonte se adivinaba una tormenta eléctrica que nadie entendía de dónde había salido. El cielo se cerró por completo y empezaron a caer unas gotas escasas y gordas que presagiaban un gran aguacero. Tuvieron que acudir desde la plaza cuatro soldados para sacar a la gente de encima de la comitiva, pues de lo contrario no llegaría a su destino. Tiraron al suelo a dos o tres que estaban agarrados a los barrotes propinándoles sendos golpes con los mangos de sus fabulosas espadas toledanas. Al final consiguieron crear un perímetro de seguridad alrededor de la carreta que les permitiese continuar avanzando hasta la plaza cercana. La lluvia ya caía en abundancia cuando el carro hizo acto de presencia en Zocodover, atestada de gente de lo más variopinta y sedienta de sangre. Los rayos iluminaban la tétrica escena

mientras el gentío enfervorecido redoblaba su creciente odio hacia la bruja, un odio que era directamente proporcional a su miedo. Llegaron, por fin, al centro de la plaza, donde los mozos desengancharon los caballos para atarlos a un poste lateral. Los verdugos, mientras tanto, se disponían a sacar a Catalina de su confinamiento para conducirla a la pequeña plataforma de madera de unos dos metros y medio de altura construida para la ocasión. Al cadalso o patíbulo —como de denominaba a estos tablados que se levantaban para un acto en concreto, como en este caso, una ejecución de pena de muerte— se accedía desde una escalera portátil que acoplaban por detrás para subir a la presa, amarrarla a un poste y volver a bajar. Después quitaban la escalera y prendían fuego a los cientos de quilos de leña amontonados en la parte inferior del pedestal.

La muchedumbre allí congregada no dejaba de insultar a Catalina, a pesar de que seguramente tiempo atrás muchos de ellos habían ido en su busca y reclamado su ayuda, para unas u otras cosas. Pero en esa ocasión se trataba de dejar claro ante todo el mundo —y, sobre todo, ante el Tribunal de la Inquisición— de qué lado estaban. Así mitigaban cualquier posible sospecha, por pequeña que fuese, que pudiera recaer sobre ellos y su posible relación con el «monstruo» (la cual podría motivar una denuncia). Subieron a Catalina casi a rastras hacia su fatal destino. Uno de los verdugos la golpeaba con un látigo para que se moviese, pero ella parecía incapaz de hacerlo, los golpes recibidos durante el trayecto y toda la funesta energía desatada hacia su persona parecían haber minado definitivamente sus ánimos. Arrastrándose y cabizbaja llegó a lo alto de la plataforma, sobre la que apenas cabían ella y los tres verdugos que la portaban. Comenzaron a atarla al poste donde la abandonarían a su suerte, pero la tormenta se recrudecía con un aire endemoniado salido de no se sabía dónde; tendrían que esperar un poco a que la lluvia se calmase para

poder prender la hoguera. La dejaron allí arriba, sola, expuesta a la mirada inclemente de la abarrotada plaza.

—¡Quemad a la bruja! —gritaban algunos.

—¡Mandadla al infierno! —decían otros.

De pronto la lluvia casi se detuvo y los verdugos aprovecharon rápidamente para encender la hoguera. El fuego enseguida cogió vigor gracias al potingue incendiario que le echaron y se acercaba peligrosamente a Catalina, que llevaba un rato aletargada y medio caída, a pesar de seguir amarrada al poste. En ese instante se irguió adoptando una posición y una actitud orgullosas, como a todos tenía acostumbrados. Se apartó la larga y húmeda melena morena de la cara para que la gente la pudiera ver bien, y fue mirando a los ojos, una a una, a las personas más cercanas con un semblante desafiante, chulesco y amenazador. Muchos no le aguantaron la mirada, se sentían intimidados. De pronto comenzó a sonreír, cosa que no hizo sino inquietar aún más a los desconcertados toledanos, que no entendían cómo en esa extrema situación parecía sentirse tan cómoda. La sonrisa inicial se convirtió en una atronadora carcajada que enmudeció y estremeció a la plaza entera, porque coincidió con el momento en que el fuego comenzó a abrasarla prendiendo la parte baja de su túnica negra hecha jirones. La gente contemplaba la escena atónita, un escalofrío recorría sus mortales cuerpos de arriba abajo con cada una de esas risotadas soltadas al viento, que atravesaban la plaza de un lado a otro intimidando por doquier. Daba la impresión de que el sonido flotaba y se mantenía en el ambiente de manera imposible.

De repente Catalina dejó de reír y cambió su semblante chulesco por uno aún más aterrador, absolutamente serio. Los rasgos de su cara se volvieron mucho más graves y agresivos, algunos de los presentes en las primeras filas instintivamente se sintieron amenazados, presas de una sensación que no sabrían describir. Comenzaron a recular sin quitarle ojo a la bruja, que parecía mascullar alguna cosa

entre dientes, en voz baja. Mientras tanto, algo estaba empezando a suceder a su alrededor. A lo lejos se oía a los lobos aullar como locos, los caballos y otros animales que había en la plaza parecían inquietos, como si presagiasen que algo terrible se avecinaba. Incluso se escucharon bandadas de pájaros huyendo despavoridas, cuando a esas horas solían estar tranquilos durmiendo en las copas de los árboles. La gente en la plaza estaba inquieta, se miraban unos a otros murmurando, sin saber qué hacer. Señores, caballeros, clérigos, inquisidores y pueblo de a pie se encontraban acongojados ante tamaña incertidumbre.

De pronto, todo el mundo calló porque empezaron a escuchar lo que parecía ser el rumor lejano de caballos que se aproximaban al galope en dirección a la plaza de las Bestias. Al mismo tiempo, el tono de la oración o invocación que recitaba Catalina iba aumentando... La gente miraba a sus espaldas intentando descifrar por dónde se aproximaban aquellos jamelgos que daban la impresión de venir por diferentes direcciones. Los escuchaban cada vez más cerca, los caballos relinchaban de manera temible a lo lejos, podían intuir su velocidad y poderío por el estruendoso sonido que provocaban. Un tsunami terrible y letal que avanzaba por cada una de las calles que confluían en la plaza de Zocodover los estaba rodeando.

Repentinamente, seis brutales caballos negros con seis enormes caballeros, también de negro, y sus seis grandes espadas en las manos entraron al unísono por las calles aledañas como seis flechas, atropellando, acuchillando y aniquilando a todos los que encontraban a su alcance. La gente empezó una estampida aterrorizada. Catalina ya gritaba su letanía con una extraña voz grave que, a todas luces, no era la suya habitual, alzando los brazos a la noche toledana que se teñía de sangre y gritos mientras ella ardía casi por completo. El fuego de la hoguera formaba una espiral a su alrededor y sobre ella, elevándose más de diez metros. En ese momento, ella misma también comenzó muy poco a

poco a levitar, elevándose envuelta en llamas para asombro de todos los presentes, que seguían mirándola sin dar crédito a la dantesca escena que veían sus ojos, y dejando por un momento incluso de vigilar a las seis bestias que iban arrasando por donde pasaban a sus espaldas.

Zocodover se convirtió progresivamente en el más puro infierno ante los ojos de los toledanos y forasteros allí presentes. Los gritos y las carreras se sucedían, algunos se acullaban, incapaces de mirar lo que ocurría a su alrededor. Otros se quedaban hipnotizados mirando cómo las bestias se les acercaban al galope, sabiéndose sin opción ni de intentar huir, hasta que eran embestidos y lanzados por los aires. Los soldados ni siquiera hicieron ademán de intentar luchar contra esos seres del inframundo que estaban desatando el caos. Los inquisidores se aferraban a la gran cruz que les colgaba del cuello totalmente obnubilados, rezando todo cuanto sabían y teniendo claro que habían cabreado a quien no debían.

Por aquel entonces, Catalina ya se alzaba a más de cinco metros flotando en mitad de la noche, envuelta en llamas que la consumían girando a su alrededor. Su conjuro estaba acabando con buena parte de la gente que había en la plaza gracias a la intervención de aquellos seres que no eran de este mundo. Seguía gritando aquella oración ininteligible una y otra vez, hasta que de pronto se detuvo y se dirigió a la multitud con voz clara:

—Esto es solo el principio, la expiación cae sobre vosotros como el martillo sobre la espada y esta sobre el yunque. Habéis sembrado la semilla del mal en vuestro pueblo y hoy recogéis sus frutos entre lágrimas; y no será la única vez, volveré... —Catalina cayó desde lo alto, inerte, encima de la colosal hoguera y murió abrasada. La bruja había sido silenciada para siempre, o eso creían.

Tan pronto como Catalina desapareció en la hoguera, los seis caballos y sus seis jinetes hicieron lo propio por las calles por donde habían venido, para nunca más ser vistos.

Se evaporaron como por arte de magia dejando tras ellos un reguero de sangre y destrucción sin parangón, cientos de muertos, algo nunca antes visto, algo de otro mundo.

En aquellos tiempos se decía que si un caballero negro con un caballo también negro entraba en una ciudad era para traer desgracias y sinsabores, como epidemias y muertes, y en ese caso bien pudieron contar los supervivientes que así había sido.